

rente tranquilidad y calma. Vease en prueba de ello lo que convinieron en una reunion los Zegris para las fiestas y torneos que por entonces se preparaban y que el autor refiere así:

«Estando vn día todos los Zegris en el castillo de Biataubin, morada de Mahomad Zegri, cabo y cabeça de los Zegries, tratando en las cosas passadas, trayendo a la memoria las palabras de Alabez, y en los casos que conuenia para las fiestas que se esperaua, ansi de los torneos como del juego de cañas, Mahomad Zegri habló á todos los demas que alli se hallaron de su linage desta manera: Muy bien sabeys Illustres Caualleros Zegris, como nuestro Real y antiguo linage es en toda España muy conocido, y no tan solamente en España, sino dentro de Africa, donde nuestro linage viue: y bien sabeys en la reputacion que siempre ha sido tenido en Cordoua y en las demas partes por mi agora referidas; y como siempre auemos sido tenidos por gente de Real y clara sangre, y agora como auеys visto hemos sido menospreciados y en poco tenidos de los Alabезes y Abencerrages; y aun contra nosotros se han buuelto los Almoradis: de todo lo cual tengo tan grande pesar, que el coraçon se me quiere romper y deshazer en el pecho, y pienso que de enojo he de venir á morir si dello no me vengo. Y pues a todos nosotros toca la vengança de aquesta deshonra, que por tal la tengo, todos somos obligados á la vengança della: y pues fortuna nos ofrece tan buena ocasion de nuestra vengança, no la dexemos perder, antes gozar della con toda diligencia, y el aparejo que se nos ofrece es en este juego de Cañas ó en los Torneos hazer, de manera que todos quedemos muy bien vengados, procurando de matar al Malique Alabez, ó al soberuio Abencerrage; que si estos dos echamos del mundo, tendremos dos enemigos mortales menos, y despues el tiempo nos ira mostrando y dando ocasiones como vamos acabando todo este perdido linage de los Abencerrages, que tan estimado es en Granada y todo el Reyno, y tan querido de toda la gente comun. Y para esto estemos todos aduertidos, que el dia del juego de las Cañas, vamos todos muy bien adereçados de armas y jacos fuertes debaxo de nuestras libreas: y pues el Rey me ha hecho quadrillero de la vna parte saldremos treynta Zegris, y lleuaremos todos li-

breas roxas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua diuisa de los Bencerrages, para dalles toda la pesadumbre que se pudiere: y prouaremos si por este respecto se quieren reboluer con nosotros. Y si saliere bien lo que digo, haremos con presteza nuestro hecho con valeroso animo, pues somos todos no menos valientes que ellos, de modo que quando se venga a entender no se pueda el daño suyo remediar. Y no tengamos dũa, sino que saldremos con lo que digo, aunque no sea sino matar vno o dos dellos; y pues tenemos de nuestra parte Maças y Gomeles, no ay de que temer cosa alguna. Y si caso fuere que por la diuisa azul nada se les diere en el juego de las Cañas, a las segundas bueltas, por cañas les tiraremos agudas lanças, que harto de mal sera si algun Abencerrage no cayere. Este es mi parecer. Querria agora saber el vuestro si esta conforme con el mio. Assi como acabó Mahomad sus razones, todos a vna dixeron que les parecia muy bien aquel acuerdo; y quedando assi concertado este modo de traycion para su vengança, cada vno se fue a su posada.»

Los Abencerrages, sin sospechar de la traicion que se les preparaba, solo cuidaron de los detalles de trages y diuisas para el mayor lucimiento de la fiesta. Llegado este día, que era uno de Setiembre, el Rey mando traer veinte y cuatro toros de la sierra de Ronda, muy bravos y de poder, disponiéndose para la fiesta la plaza de Biarambla.

Una de las causas principales del odio que los Zegries tenían á los Abencerrages, era la preferencia que por estos tenían las damas principales y aun todas las de Granada. Asi dice el autor: «que no auia Dama en Granada que no se preciasse de tener por amante un Bencerrage, y por desdichada se tenia y por menos que otra la que no lo tenia, y en esto tenían grande razón, porque jamas huuo Abencerrage que tuuiesse mal talle, ni mal garbo: y no se halló Bencerrage que couarde fuesse ni de mala disposicion. Eran estos Caualleros todos a vna mano muy afables amigos de la gente comun. No se halló jamas que cualquiera dellos llegasse alguno con necesidad que no lo socorriesse y cumpliesse su necesidad. Eran finalmente amigos de Christianos: ellos mismos en per-

sona se halla que yua a las Mazmorras a visitar á los Christianos cautiuos, y les hazian bien, y les embiauau de comer con sus criados. Y a esta causa eran de todo el Reyno bien quistos y muy amados; y sobre todo valientes y buenos ginetes.»

Así, pues, cuenta el autor que estaban los Abencerrages tan gallardos y ricamente vestidos y mostrando tanto valor, que la gente y especialmente las damas, no les quitaban ojo, No les iban en zaga los Alabezes y los Zegrís; mostraron tambien en este día mucha destreza y valor, pues alancearon muy diestramente ocho toros, de tal modo, que no hubo necesidad de desjarretarlos. Doce toros iban ya corridos á la una de la tarde, cuando al toque de clarines y dulzainas se reunieron todos los caballeros en el mirador ó tribuna Real, donde fué servida una espléndida y regia comida. La Reyna hizo otro tanto con sus damas, que estaban todas radiantes de hermosura y de riqueza. El autor describe y cita aquí, ni más ni menos que pudiera hacerlo un revistero ó cronista moderno de un baile ó de una función teatral, los nombres de las más hermosas y principales damas, y sus ricos y valiosos trajes. Terminada la comida salió á la plaza un toro negro, bravo en demasía, y de tantos pies que no había hombre que no lo alcanzase ni caballo que por uña se le fuese. El Malique Alabez pidió al Rey licencia para lidiar aquel toro, y obtenida ésta fuese á la plaza, donde sus criados le tenían dispuesto un hermoso caballo rucio rodado; montóse en el Alabez y dió vuelta á la plaza mirando á los balcones de las damas en busca de su señora Cohayda, frente á cuyo balcon detúvose, haciendo doblar las rodillas al caballo é inclinando el ginete su cabeza hasta los arzones en señal de acatamiento. Hecho esto, metió espuelas al caballo y salió este veloz como un rayo, causando la admiracion del Rey y de todas las demás personas; solo á los Zegrís, dice el autor, parecioles mal, tanta era la envidia con que le miraban. Levantóse en este momento gran gritería en toda la plaza á causa de que el toro habia dado toda la vuelta á ella y muerto seis hombres y derribado más de cien, yendo rápido y directo hacia donde estaba el Malique, lo cual visto por este, saltó de su caballo á tierra con gran

ligereza, y antes que á él llegase el toro salióle á su encuentro con el albornoz en la mano izquierda aguardandole sereno, y al tiempo que el animal bajaba la cabeza para herirle, tiróle á los ojos su albornoz y echando el cuerpo á un lado practicó la suerte que hoy llamariamos dar el quiebro; pero al mismo tiempo asió con su mano derecha el cuerno del mismo lado que hizo detener al bravo toro, y enseguida, cogiendo el otro cuerno con la siniestra mano, sujetó completamente al toro; pero este, que era bravo y de poder, empezó á bramar de coraje y á dar saltos y sacudidas que levantaban del suelo al buen Alabez haciendo muy crítica y arriesgada su situacion, mas no desmayó este, y haciendo por el contrario un esfuerzo que parecia increíble, torció violentamente los cuernos al animal, de tal manera, que dió con él en tierra, quedando tan quebrantado que no pudo moverse ya. Fuése el Malique en busca de su caballo, montando en él con gran ligereza, sin tocar siquiera el estribo y dejádo á todos los circunstantes admirados de tanta bravura y ligereza. El Rey le mandó llamar, y haciéndole grandes agasajos, nombróle Capitán de cien caballos y Alcayde de la fuerza de Cantoria. Dejemos al autor la descripción del resto de la fiesta.

«Serian las quatro de la tarde y el Rey mandó que se tocasse á caualgar. Oyda la señal, todos los caualleros de juego se fueron á adereçar, para salir quando tiempo fuesse. Los toros acabados, començaron muchos instrumentos de trompetas y atabales y añafles, siendo la plaça desocupada; por la calle del Zacatin entró el valeroso Muça, quadrillero de una quadrilla. Entraron de quatro en quatro, con tan lindo ayre y con tanta presteza, que era cosa de ver. Despues de hauer passado todos, por la orden ya dicha, arrancaron todos juntos de tropel, tan ligeros qual el viento. Eran todos los desta quadrilla treynta, todos Caualleros Abencerrages, famosos; sino solo Alabez, que no era del linage; mas por su valor le tomaron por acompañado. Arriua ya tratamos de las libreas y diuisas, que eran azules y telas de plata, y por diuisas salvajes. Entraron todos tambien, y con tanta gracia, que no hauia dama que los viese, que no quedase amartelada. Por cierto que era cosa de ver la quadrilla de los Abencerra-

ges, todos sobre yeguas blancas como vna nieue: pues si bizarros y galanes entraron los Abencerrages, no menos bizarros y galanes entraron por otra calle los Zegris. Todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, y todos en yeguas bayas, de muy hermoso parecer; y todos trayan una misma diuisa en las adargas, puesta en ricos listones azules. Las diuisas eran vnos Leones encadenados por mano de una donzella: la letra dezia: Mas fuerça tiene el amor. Desta manera en la plaça, de quatro en quatro, y despues todos juntos, hizieron vn gallardo caracol y escaramuça, con tanta bizarria y concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrages. Y tomando las dos quadrillas sus puestos, y apercebidas de sus cañas, hauiendo dexado las lanças; al son de las trompetas y dulçaynas, se començo á trauar el juego con mucha bizarria y bien concertado, saliendo las quadrillas de ocho en ocho. Los Abencerrages, que hauian parado mientras como los Zegris lleuauan plumas azules, diuisa dellos muy conocida, procurauan, en quanto podian, por derribarselas con las cañas: mas los Zegris se cubrian tan bien con sus adargas, que los Abencerrages no pudieron salir con su pretension. Y ansi andaua el juego muy trauado y rebuelto, aunque muy concertado, que verlo era contento. Y huieron las fiestas muy buen fin, si la fortuna quisiera; mas como sea mudable, hizo de manera que aquellos caualleros, assi de la una como de la otra parte siguiessen eternas enemistades: hasta que fueron todos acabados, como adelante diremos. Començando muy de veras desde este desdichado dia de estas fiestas, fue la causa de todo el mal Mahomad Zegri, cabeza del linage de los Zegris: que como tenia pensado y tratado con los suyos, de dar la muerte al buen Alabez, ó á alguno de los Abencerrages, por las palabras passadas; como arriba diximos; y como estaua assi concertado; Mahomad Zegri dió orden que Alabez saliesse de la parte contraria y cayesçe en su quadrilla; teniendo, como digo, el Zegri inteligencia; para que el con sus ocho revolujesen sobre Alabazes y los suyos. Y hauiendo ya corrido seys cañas, el Zegri dixo á los de su quadrilla: Agora es tiempo que el juego va encendido. Y tomando á su criado una lança con un hierro muy agudo y penetrante, he-

cho en Damasco de fino temple, aguardo que Alabez viniessen con los ocho caualleros de su quadrilla revoluiendo sobre los de la contraria parte, como es vso del juego, al tiempo que Alabez boluia cubierto muy bien con su adarga contra el y los suyos, salio el Zegri y lleuando puestos los ojos en Alabez, mirando por donde mejor le pudiesse herir, le arrojó la lança con tanta fuerça, que le passó el adarga de vna parte á otra, y el agudo hierro prendió en el braço de tal suerte, que la manga de vna fuerte cota que Alabez lleuaua no fue parte para resistir, que el agudo hierro no la rompiesse y el braço fue passado de parte á parte. Grande dolor sintio Alabez deste golpe, y en llegando á su puesto se miro el braço, y como se hallo herido y lleno de sangre, á vozes le dixo á Muça y a los demas: Caualleros, grande traycion ay contra nosotros, porque a mi me han herido malamente. Los Abencerrages marauillados de aquel caso, al punto todos tomaron sus lanças para estar apercebidos. A esta hora ya boluia el Zegri con su quadrilla para yrse á su puesto, quando Alabez con grande furia se atraueso de por medio, sauiedo que lo auia herido. Y como lleuase vna muy ligera yegua, muy presto le alcançó, y le tiro la lança diziendo: traydor aqui me pagaras la herida que me diste; le passó el adarga, y la lança no paró hasta que passó la fuerte cota que lleuaua el Zegri, y entro por el cuerpo mas de vn palmo de lança y hierro. Fue el golpe de tal suerte, que luego cayó el Zegri de su yegua medio muerto. En este tiempo como ya de la vna parte y de la otra estuuiesen apercebidos de sus lanças; entre las dos partes se començó vna braua escaramuça y sangrienta batalla. Mas los Zegris lleuauan lo mejor, por yr mas bien adereçados que los Abencerrages. Mas con todo esto los brauos Caualleros Bencerrages, y Muça, y el valiente Alabez hazian en ellos muy notable daño. La vozeria era muy grande, y el alboroto soberuio. El Rey que la escaramuça sangrienta vido, no sabiendo la causa dello, a muy grande priessa se quitó de los miradores, y fue a la plaça, subiendo sobre vna hermosa y bien adereçada yegua, dando vozes; a fuera a fuera, lleuando un baston en la mano, se metio entre los brauos Caualleros que andauan muy entendidos en la batalla que hazian. Acom-

pañaron al Rey todos los mas principales Caualleros de Granada, ayudando a poner paz. Aqui estuu en muy poco no perderse Granada, porque de la parte de los Zegrís acudieron los Gomeles y Maças, y de parte de los Abencerrages los Almoradis y Vanegas. Ya esta causa andaua la cosa tan rebuelta, qué no tenia remedio de ponerse paz. Mas tanto hizo el Rey, y los demas Caualleros que no eran tocantes á estos vandos, que los pusieron en paz. El valeroso Muça y su quadrilla se fue por el Zacatin arriba, y no paró hasta el Alhambra, lleuando consigo todos los Almoradis y Vanegas. Los Zegrís se fueron por la puerta de Biuarambla al Castillo de Biuataubin, lleuando a Mahomad Zegri ya muerto. Todas las Damas de la ciudad, y la Reyna se quitaron de las ventanas, dando mil gritos, viendo la barahunda y rebolucion que passaua. Vnas llorauan hermanos, otras maridos, otras padres, otras a sus amantes Caualleros. De suerte que era de muy grandissimo terror y espanto; y por otra parte de grande compassion ver las Damas las lastimas que hazian. Especialmente la hermosa Fatima, que era hija de Mahomad Zegri el que mató Alabez. Harto tenian que consolarla, mas mal consuelo tenia, que no auia consuelo que la consolase. Este triste fin tuuieron estas fiestas, quedando Granada muy rebuelta.»

Aquí figura también el consabido romance refiriendo estos sucesos, el cual ocupa dos páginas escasas.

XIV

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595

(Continuación)

CAPITULO SEPTIMO.—*Que trata del triste llanto que hizo la hermosa Fatima por la muerte de su padre; y como la linda Galiana se tornaua à Almeria, si su padre no viniera: la qual estaua vencida de amores del valeroso Sarrazino, y de la pesadumbre que Abenamar tuuo con el vna noche en las ventanas d Real Palacio.*

Poco interés ofrece este capítulo, ocupado, como su título dice, por los amores de dos doncellas y aventuras de dos ga-

lanes rivales encontrados al pie de la ventana de su amada. La eterna y general aventura de la Edad Media: el laúd tañendo y la espada ó el alfanje defendiendo este derecho contra el rival que á ello se opone. Lo único digno de citarse es lo que al final del capítulo se refiere.

Vinieron á comunicar al Rey que un caballero cristiano montado en soberbio caballo se paseaba por la vega retando á batalla á los caballeros moros. Creyendo el Rey que fuera el Maestre preguntó por sus señas, mas se le dijo que no; por lo cual el Rey y los demas caballeros que con él estaban, asi como la Reyna y sus damas, se subieron á la torre de la Campana de la Alhambra para ver quién era el osado y valiente caballero, mas no podían reconocerle, aunque sí que ostentaba una cruz roja en el escudo y en el pecho. El dicho caballero, al observar la aparición de la Reyna y de las damas en el mirador de la torre, hizo una cortesía en señal de acatamiento, que fué contestada, é inmediatamente puso un pendoncillo rojo en la punta de su lanza, que era la señal de pedir batalla. «Por Mahoma que holgara de saber quién es este caballero cristiano que así pide batalla,» dijo él, á lo cual uno de los caballeros que junto á él estaba y había reconocido al cristiano, le dijo: «Señor, sepa vuestra alteza que el caballero que pide batalla es Don Manuel Ponce de Leon, que le conozco muy bien y es de bravo corazon y valentia y no tiene el Rey cristiano otro tal como este en todo y por todo.» Varios de los caballeros que allí estaban pidieron al Rey licencia para salir, mas en este punto un page manifestó que ya un caballero moro, el Malique Alabez, había obtenido la licencia de la Reyna y salía en aquel instante de Palacio para ir a verse con el cristiano caballero. Llenaronse de espectadores miradores y ventanas y el Rey dispuso que cien caballeros se armasen y estuvieran prestos a salir en el caso de alguna traicion, los cuales, dispuestos que fueron, se colocaron en la puerta de Eluira para escoltar al Malique Alabez é ir en su guarda en caso necesario, como el Rey lo había dispuesto.

CAPITULO OCTAVO.—*Que trata la cruda batalla que el Malique Alabez tuvo con D. Manuel Ponce de Leon en la Vega de Granada.*

Apenas se hubo enterado el Malique Alabez de la presencia del caballero cristiano en la Vega y de su señal de pedir batalla, quando fuese á obtener la vénia de la Reina para salir, y obtenida esta, fuese á armarse mientras le preparaban su potro rucio. Dispuesto que estuvo salió por la puerta de El-uira donde encontró los cien caballeros que le siguieron para escoltarle, y así todos salieron de la ciudad. Dejemos este relato al autor, que dice

«Y hecho esto se ué donde el valeroso D. Manuel aguardaua. Y assi como llegaron cerca, los cien caualleros se quedaron atras y Alabez passo adelante: y siendo junto de Don Manuel le dijo: Cierito cauallero christiano, que si tú estas tan dotado de valentía, como tu parecer muestra, que en balde ha sido mi venida: porque respecto de tu buen talle y gracia, yo no puedo valer nada, pero ya que he salido holgaré de prouarme contigo en escaramuça. Y si Mahoma quiere que sea tan corto de suerte que muera á tus manos, lo tendré por muy bueno, morir a manos de vno tan buen Cauallero como tu; porque tal me pareces. Y si yo lleuasse lo mejor me sería reputada vna eterna gloria. Y querria sino te estuuiesse mal tu nombre me dixesses: porque querria saber con quien tengo de escaramuçar, que holgare sabello. Muy atento estaua el valeroso D. Manuel que él mismo era, de las palabras del Moro, y muy pagado de su cortesía y buen talle y juzgauo por hombre valiente y rico; porque el traje tan bizarro que vsaua y aquel dia lleuaua, lo daua a entender. Y por satisfacerle, le dixo: Moro, qualquiera que tu seas, hasme parecido tan bien, que por fuerça mouido de tus palabras, te aure de dezir quien soy. Sabras que a mi me llaman Don Manuel Ponce de Leon, y por prouar si ay en Granada algun cauallero que quiera comigo escaramuçar, he venido aqui. Y a fe de hidalgo que me has parecido tan bien, que entiendo que ay en ti tanta bondad, como tu buen talle promete. Y pues ya sabes mi

nombre, sera muy bueno y justo que yo sepa el tuyo, y luego podremos hazer nuestra batalla del modo y manera que a ti te diere gusto. Mal lo haria, dixo Alabez, si mi nombre a tan buen cauallero yo negasse, mi nombre es el Malique Alabez, si por ventura lo auras oydo dezir: mi linage es tal que no te despreciaras de hazer conmigo batalla. Y pues por los nombres tenemos ya noticia de quien y quien somos; sera raçon que nos conozcamos agora por las obras, pues para ello auemos venido. Y diziendo esto, voluio su cauallo en el ayre. Lo mismo hizo el buen Don Manuel. Y tomando del campo aquello que les parecio ser necessario y reboluiendo el vno sobre el otro assi como dos furiosos rayos. Y siendo los cauалlos muy buenos, con la velocidad de su correr, muy presto fueron juntos; los dos brauos Caualleros se dieron grandes golpes de lanças; y tales, que no huuo ninguna defensa en los escudos para que no fuessen falsados: mas con singular ligereza tornando a boltrear sus cauалlos, teniendo las lanças firmes en los puños, las sacaron de los escudos donde con grandé violencia auian sido metidas. Y dando muy gallardas bueltas por el campo, començaron a escaramuçar el vno contra el otro. Y para execucion de se herir, se acercauan y se heria cada vno por donde podia, mostrando su esfuerço y maña en aquel menester. Assi escaramuçaua los dos valerosos guerreros el vno contra el otro tan gallardamente, que era cosa de marauilla. Mucho se holgauan los que mirauan la escaramuça de ver quan diestramente se mantenian el vno contra el otro. Dos horas grandes eran passadas que los dos valientes Caualleros andauan en su batalla sin que se pudiesen herir el vno al otro: porque aunque se alcançauan a dar algunos golpes de lança, estauan ellos tan bien armados, que no se podian herir. A esta hora el cauallo de Don Manuel andaua un poco mas cansado que el del Moro, y Don Manuel bien lo sentia y le pesaua mucho dello, porque no podia dalle alcance al Moro a su gusto. El Moro, conociendo que el cauallo del Christiano andaua con menos furia que antes alegrose mucho, porque por alli pensaua alcançar victoria de su enemigo. Y assi se daua muy grande priessa a rodear a Don Manuel para que su cauallo se acauasse de cansar. Y acercandose vna vez mas que

solia, muy confiado en su buen cauallo, hirió a Don Manuel de vna lançada en descubierto del escudo; y fué tal que rota la loriga, le hirio en el lado yzquierdo de vna mala herida. De la qual començo a correr mucha sangre. Mas no se fue el Moro sin su pago, porque al tiempo de reboluer el Moro su cauallo, pensando hazer aquel golpe franco, no lo pudo hazer con tanta presteza, que el buen Don Manuel no se lo hallasse muy cerca. Y como yua reboluiendo, le dió en descubierto por vn lado vn golpe tan brauo, que no prestando la fina jacerina y cosa alguna, fue rota, y la cuchilla del agudo hierro entró hasta llegar a la carne, donde abrio vna peligrosa herida. No huuo serpiente ni Aspide tan ponçoñoso huiendole alguno, como lo fue aquel valeroso Moro, que sintiendose herido y tan mal, con vna insana furia casi frenetico de colera reboluió su cauallo y fue sobre Don Manuel, y a toda furia lo enuistio, dando le una gran lançada que le passó el escudo, y Don Manuel fue segunda vez herido. El qual como sintiesse la mala burla, lleno de enojo, porque vn Moro lo hauia herido dos vezes, arremetio su cauallo con tanta presteza, que el Moro no tuuo lugar de se poder apartar, y ansi fue herido de otra mala herida: de la qual y de la primera, le salia mucha sangre. No por esso en el Moro se hallaua punto de menoscabo, antes mas colerico y encendido hazia su batalla, entrando y saliendo todas las vezes que hallaua oportunidad para herir al Christiano. Ya andauan los dos Caualleros heridos en tres o quatro partes, y no se conocia ventaja alguna, y por esto muy enojado Don Manuel: por tanta dilacion, que auia quatro horas grandes que andauan en la plaça, y no se hazia nada: pensando que en su cauallo estuuiesse la falta, se apeó del con grande ligereza. Y cubierto de su escudo, auiendo dexado la lança, puso mano á su espada, que era de grande estima, se fue para el Moro. El qual como le viesse a pie muy marauillado dello, le tuuo por hombre de brauo coraçon. Y porque no se le reputasse a villania estando el contrario a pie estar el a cauallo; se apeo. Arrojando la lança, se fue al Christiano muy confiado en su fuerça, que era grande, con vn alfange muy rico y bueno, labrado en Marruecos. Y cubierto bien de su adarga que era buena, los dos Caualleros se començaron a dar muy gran-

des golpes, cada qual por donde mas podia. La fortaleza del Moro era grande, y la destreza del Christiano mayor, la qual tenia acompañada de vn singular sufrimiento, con lo qual hazia muy notoria ventaja en la batalla al Moro; porque cada vez que se juntauan el Moro salia herido; porque la espada del valeroso Don Manuel, era la mejor del mundo, y no le alcançaua vez con ella, que no lo hiriesse. Lo qual era muy al contrario del Moro; porque aunque con demasiado esfuerço entrasse y hiriesse a su contrario, lo hallaba de tal manera reparado, que no le podia herir: de suerte que ya el Moro andaua fatigado y pressuroso, lleno de sangre y sudor, del cansacio que sentia: mas no mostraua en su valor punto de desfallecimiento. A esta hora el brauo cauallo de Alabez como sintiesse tener la silla vacia y estar libre, dando saltos se fue al cauallo de Don Manuel, y entre los dos començaron vna braua pelea, y tal que ponía espanto; porque los bocados que se dauan eran tantos y las cozes tantas, que no se puede escreuir. El cauallo del Moro lleuaba lo mejor, y mordía mas cruelmente porque su amo le tenia enseñado a aquello. De forma que las dos batallas de los Caualleros y cauallos eran cruels; quien a esta hora mirara bien la batalla, que los dos caualleros hazian, bien claro conociera la grande ventaja que el buen Don Manuel tenia al Moro. Y muy presto fuera la batalla fenecida, con harto daño del valeroso Malique Alabez: mas fue en esta hora favorable la fortuna: y fue que estando combatiendo, como os auemos dicho, cauallos y Caualleros, allegaron ochenta Caualleros que Don Manuel hauia dexado atras: los quales venian para ver en que estado estaua la batalla de su valeroso Capitan con el Moro. Los cien Moros que estauan en guarda de Alabez, como vieron venir aquel escudron de cauallos, y que llegauan tan cerca donde los dos Caualleros hazian su batalla, lo tuieron por mala señal, y pensando que venian en fauor del Christiano, todos juntos dando vn grande alarido, arremetieron al escudron Christiano a toda furia de los cauallos.

Los Christianos, entendiendo que era traycion, por guardar a su señor, les salieron al encuentro: y entre las dos partes se traoua una brana escaramuça, y muy sangrienta; andaua

la rebuelta de tal suerte, que muchos de vna parte y de otra cayan muertos. Los dos Caualleros que hazian su batalla en aquel punto mas cruda y sangrienta, visto la grade rebuelta, mouida sin saber porque, tuuieron por bien de se apartar, y cada vno acudir á su parte, para hazerlos retirar si posible fuesse porque su batalla fuesse al cabo. Don Manuel se fue a su cauallo por ver si lo podria tomar: lo mismo hizo Alabez, por ver si podria tomar el suyo: mas todavia andauan los cauallitos tan puestos en su pelea, que no auia quien a ellos osasse llegar. Los Moros Caualleros que andauan rebueltos con los Christianos, acudieron donde Alabez estaua, por darle su caballo: los Christianos assi ni más ni menos, acudieron por socorrer a Don Manuel. Aqui fue la priessa de los vnos y de los otros: vnos por fauorecer al Moro, otros por fauorecer al Christiano, andauan apeados mas de cincuenta caualleros, haziendo grande batalla los vnos con los otros. El brauo Don Manuel hizo tanto que lleugo a los cauallitos, que ya se auian apartado espantados del trope de los otros. Y el primero que hallo a la mano, fue el cauallo de Alabez: y echandole mano de las riendas, forçado de la necesidad en que se via, no guardo el decoro que era obligado, a tomar el suyo y dexar el ageno; aunque no era objeto notable porque en la guerra todo se suffre. Y saltando como vn aue sobre la silla, le fue dada su misma lança. Y como la tuuo, luego se metio en medio de los enemigos, con tal furia que vn rayo parecia entre ellos. A esta sazón, ya el brauo Alabez estaua a cauallo; porque le auian dado el de Don Manuel, que muy poca falta le hazia el suyo; saluo que el suyo era mas ligero; mas el cauallo de Don Manuel era cauallo de grande fuerça y sufrimiento. Pesole a Alabez del trueco, mas viendo que no podia ser menos, tomó lo que fortuna en aquella sazón pudo dalle. Y auriendole tambien dado su lança, se metio por entre los Christianos, tan furioso, que un leon dañado parecia, derribando y matando muchos dellos. El Rey Chico de Granada que la cosa vio tan rebuelta, quitandose de los miradores, dando muy grandes voces, mandó que saliesen mil caualleros al socorro de los suyos: para lo qual fue necessario que se tocasse arma. La qual se tocó tan rezia y tan apriessa, que los que estauan en la Vega haziendo su ba-

talla muy claro la oyan. Y el valiente Alabez con diligencia discurriendo por la batalla, buscó a Don Manuel, y no parando hasta le hallar: assi como lo vido se fue para el, y haziendo señas que saliesse de tropel de la gente, se salió de la batalla, y Don Manuel empos del, con harto contento, por ver si podria acabar la batalla començada. Mas quando estuuo apartado de la gente, que con grande furia toda via peleaua: Alabez se lleo a Don Manuel y le dixo: Valeroso Cauallero, tu bondad me obliga a que yo haga algo por tí: adierte, que en Granada anda grande alboroto, y se toca arma apriessa, para que seamos socorridos. Y por lo menos saldran mas de mil cauallos, haz que tu gente se recoja con presteza, y en buena orden desamparen la vega: porque son pocos respecto del socorro que verna, y lo passaran muy mal. Y toma este mi consejo, que aunque soy Moro, soy hidalgo, y soy obligado en ley de Cauallero, aunque enemigo, a darte auiso. Agora haz tu a tu parecer, que si quieres, otro dia daremos fin a nuestra batalla: que yo te doy mi palabra, que para fenecerla yo te busque, do quiera que estuvieres. Don-Manuel respondio; yo te agradezco Cauallero el auiso; y tomare tu consejo, porque me parece bueno, y para obligarte a que me busques, lleuare tu caballo, y tu lleua el mio, que es tan bueno como el; que quando otra vez nos veamos destrocaremos. Y diziendo esto, tocó un cuerno de plata que al cuello lleuaua a recoger, al punto dexaron la batalla, y fueron recogidos en vn punto. Los Moros hicieron lo mismo y cada esquadron se fue por su parte, dexando de cada banda hartos muertos, y lleuando hartos heridos. Alabez y los suyos llégaron á Granada, y al tiempo que por las puertas de Eluira salia el socorro, Alabez hizo que se tornassen. El Rey en persona salio a recibir a Alabez, y otros muy principales Caualleros, y no pararon hasta la casa de Alabez: el qual siendo desarmado, fue echado en vn rico lecho, y curado con gran diligencia de sus heridas, que eran peligrosas. Boluamos á Don Manuel, que yua con su gente por la Vega adelante, tan enojado y colerico, por no auer acabado aquella batalla, que no hablaua ni respondia a cosa alguna que le fuese preguntado. Daua mucha culpa á los suyos, por auer llegado a aquella sazón donde el estaua peleando

con el Moro; que si ellos no llegaran, el diera fin glorioso a la batalla; y era anssi la verdad, que si los suyos no fueran, los Moros no se mouieran de vn lugar. Assi huuo fin esta batalla, lleuando el buen Don Manuel ganado aquel famoso cavallo del Alcalde de los Veles, por el qual y por esta batalla, se leuantó aquel Romance que dizen

Ensyllisme el potro rucio etc.»

CAPITULO NOVENO: *En que se pone unas solennes fiestas y juego de sortijas, que se hizo en Granada, y como los bandos de los Zegries y Abencerrages se yuan mas encendiendo.*

Este capítulo lo emplea todo por entero el autor en describir las fiestas y juegos de sortija que se celebraron por entonces en Granada y las rivalidades nacidas entre el moro Abenamar y Sarracino, que eran los que se habían encontrado y tenido querella al pie de las ventanas de Palacio, en ocasión que ambos galanteaban ú ofrecían amores á la hermosa Galiana. Curado de estos amores Abenamar por haber comprendido la predilección que á esta dama merecía su rival, determinó ser vir y galantear á Fátima, que á su vez habíase curado de la pasión que por Muça sintiera antes.

En estas rivalidades de las damas y galanes que en el juego de sortija lucharon, saliendo vencedor Abenamar, ocupa, como queda dicho, este capítulo el autor. En el mismo capítulo hay, como de costumbre, intercalados dos romances.

CAPITULO DECIMO: *En que se cuenta el fin que tuuo el juego de la Sortija y el desafio que passo entre el Moro Albayaldos y el Maestre de Calatraua.*

Empieza el autor este capítulo refiriendo la pena y el despecho que Sarracino tuvo por haber sido no solamente vencido, sino que en el juego de sortija con Abenamar perdió el retrato de su dama Galiana y una rica manga, bordada por ella que era el premio apostado entre ambos. Refiérese luego

la gallardía, elegancia y lujo con que se presentaron las diversas cuadrillas de caballeros de todos linages, de las cuales algún caballero luchó con Abenamar, que fué con todos vencedor, ó cuando menos no fué vencido. A todo esto, como de costumbre, las rivalidades de lujo ostentado y de mayor ó menor destreza demostrada por las cuadrillas de Zegrís y Abencerrages, continuaban encendiendo los odios de unos y otros dando lugar á palabras agresivas entre caballeros de ambos bandos. Por uno de estos fútiles motivos promoviése una cuestión entre dos que junto al Rey se hallaban recordando la última fiesta en que el Malique Alabez fue herido y muerto por este Mahomad Zegrí. La cuestión agrióse de tal modo que ya las manos buscaban las empuñaduras de los damasquinos, alfanjes y gráve conflicto estallara á no imponerse el Rey con enérgica entereza, que impuso á todos silencio bajo pena de la vida. Callaron todos por respeto á la majestad Real, pero concentrando en su pecho el rencor de que se hallaban unos contra otros poseídos y con el firme propósito de ulterior venganza.

Habianse roto y corrido muchas cañas y evolucionado muy diestramente las infinitas cuadrillas que en la plaza entraron, cuando entrando á toda prisa un Alcayde de las puertas de Eluira, llegó hasta donde estaba el Rey y le dijo: «Señor: Sepa vuestra Magestad, que a las puertas de Elvira ha allegado un Cauallero Christiano, y pide licencia para entrar y correr tres lanças con el mantenedor: vea V. M. si ha de entrar. Entre dixo el Rey, que en tal día como el de oy, a nadie se le ha de negar la entrada, ni se le puede negar la lizencia, especialmente hauiendo fiestas Reales. Con esto el mensagero boluio a gran priessa, y no tardó mucho, quando vieron entrar vn Cauallero muy gallardo y muy dispuesto, sobre vn poderoso cauallo rucio rodado de la librea del Cauallero: era toda de brocado blanco anssi como nieue, y toda bordada con muchos laços de oro estremadamente rica; los penachos eran anssi mismo blancos, de plumas finissimas con mucha argenteria de oro. Mostrauase tan gallardo que era cosa de ver: no quedo dama ni Cauallero en toda la plaça que no pusiesse los ojos en el; quedando todos contentos de su buen talle y donayre.

A la parte yzquierda del capellar traya una Cruz colorada, con la qual adornaua en supremo grado el valor de su persona. El estraño Cauallero poniendo los ojos a todas partes, dió vuelta a toda la plaça, siendo de todos muy mirado. Y en llegando a los miradores del Rey y de la Reyna, les hizo grande acatamiento, y inclinando la cabeça entre los arçones. Lo mismo hizo el Rey, conoziendo que aquel Cauallero era de gran suerte. Las damas todas se leuataron en pie, y la Reyna con ellas, le hizieron grande mesura. Luego el Christiano Cauallero fue de muchos conocido, ser el Maestre de Calatraua, de cuya fama el mundo estaua lleno; de que no poco se alegró el Rey que vn tal Cauallero viniesse á su Corte en semejante ocasion. Hauiendo pues el Maestre passado toda la plaça, mostrando vna honrosa presencia y vn vulto y simulachro del Dios Marte, llegó donde estaua el mantenedor, y le dixo: Buen Cauallero, sereis contento de correr conmigo un par de lanças a ley de buenos Caualleros, sin que aya apuestas de retratos de Damas? Abenamar mirando atento al Cauallero que le hablaua se voluió á Muça su padrino y le dixo: Si no me engaño este el Maestre de Calatraua, porque su presencia lo muestra, y la Cruz de su pecho, y miradlo bien que mismo es sin falta de quien vos quedastes amigo en la batalla si os acordays. Muça puso los ojos en el Maestre y luego le conoció: y sin mas aguardar assi a cauallo como estaua le fue a abraçar, diziendo: Buen Maestre flor de Christianos seays muy bien venido, que yo entiendo que aunque Christiano aueys dado grande contento en la Corte del Rey: porque todos los que en ella viuen os conocen por vuestra bondad. El Maestre le abraçó agradeciendole lo que en su loor auia dicho. Y el buen Abenamar llegandosse cerca con semblante alegre le dixo: que el holgaua de correr tres lanças con el y aunque quedasse perdidoso, lo ternia a muy buena dicha y ganancia; por hauer corrido la sortija con tan buen Cauallero. Y diziendo esto, tomó vna lança y la corrió estremadamente de bien; mas por bien que la corrió, la corrió mejor el Maestre. Finalmente se corrieron todas tres lanças y todas tres las ganó el buen Maestre. Todo el vulgo dezia a voces: Nunca en el mundo se vio tal Cauallero: desta vez perdido ha el mantenedor

su gloria. Auiendo corrido y auiendo el Maestre ganado; los juezes dieron por premio la rica cadena que pessaba dos mil doblas, pues no auya traydo retrato en competencia; que si lo truxera el del mantenedor se lleuara. El buen Maestre recibio su cadena, y al son de muy grande musica acompañado de muy principales Caualleros, yendo el brauo Muça a su lado dio vuelta a la plaça. Y en llegando a los miradores de la Reyna, puestos los ojos en ella, como el balcon no estuuiesse muy demasiado de alto, tomó la cadena y puesto sobre los estribos, alargó la mano diziendo: No ay a quien con mayor justo se deua dar esta cadena de oro, que a vuestra magestad: por tanto vuestra magestad la reciba de buena voluntad, que aunque diuersos en las leyes muy bien se puede dar vna joya en tal ocasion como esta; y de qualquiera señora ser recibido. La Reyna se paró muy colorada y hermosa, y atajada de vergüença, no sabiendo lo que se haria, boluío a mirar al Rey el qual le hizo señas que la recibiesse. Y anssi la Reyna levantandose en pie, y con ella todas las demas señoras que con ella estauan, le hizo vna grande mesura, y tomo la cadena de la mano del Maestre, poniendosela en la boca y despues al cuello haziendo vna grande reuerencia se tornó a sentar. El Maestre hizo vna mesura muy grande al Rey y á la Reyna. Y boluiendo riendas al cauallo, se fue paseando con Muça y con otros principales Caualleros Moros, que le querian bien, por su valor.

En esta sazón, el valeroso Albayaldos, que gran desseo tenia en su coraçon de verse con el Maestre y de auer con el batalla, respecto que el Maestre auia muerto a vn deudo suyo muy cercano, se quito del lado del Rey muy disimuladamente, descendio a la plaça sobre vna hermosa tordilla. Y paseando acompañado de algunos amigos, Caualleros y criados, lleo donde estaua el buen Maestre, hablando con Muça y con otros Caualleros, auiendo hecho su mesura de buena criança, puso los ojos en el Maestre, contemplandolo muy bien de arriba a baxo, considerando su valor. Y despues de auerie bien mirado hablo desta manera. Por Mahoma juro Christiano Cauallero, que tengo grande contênto y plazer, en verte puesto galan y de fiesta; porque armado y de guerra ya te he

visto otras vezes en la Vega, y esto era lo que yo al presente mas deseaba: porque la fama de tu valor hinche toda la tierra, y atemoriza todos los Moros de este Reyno. Y si he holgado con tu vista más me holgara verme contigo en la Vega haziendo batalla; porque a ello me llama y incita, lo vno tu valor, lo otro auerle dado cruda muerte a Mahamed Bey primo hermano mio. Y aunque murió á tus manos en justa batalla, parece que su sangre vertida por tu mano me llama á la vengança: por tanto buen Cauallero tente desde agora por desafiado, para conmigo hazer batalla mañana en la Vega con tus armas y cauallo, que assi saldre yo a verme contigo y solo llevare vn padrino conmigo. Y para que lo sea señalo al valeroso Malique Alabez sin llevar otra persona alguna. Muy atento estuuo el buen Maestre a las razones de Albayaldos, mas nada atemorizado, con alegre semblante sonriendosse, respondió de aquesta suerte: Por cierto valeroso Albayaldos, que no menos plazer y contento tengo de verte, que dizes tener de auerme uisto: porque el nombre de tu fama suena entre los Christianos, como el del famoso Hector entre los Griegos. Dizes que te incita y llama a tener batalla conmigo mi valor. Otros Caualleros ay Christianos, de mayor valor que el mio con quien pudieras emplear el tuyo, que mejor te estuviera. Si dizes que la vertida sangre de Mahamed Bey primo hermano se te dezir que el murio como valeroso Cauallero peleando, donde mostro el gran valor de su persona, por donde no ay para que tomar vengança de su muerte. Mas si todavia quieres verte conmigo, a solas como dizes con solo vn padrino, que sea el que has señalado á mi me plaze de te dar esse contento. Y anssi mañana te aguardo vna legua de aqui o dos que sera en la Fuente del Pino, solo con otro padrino que yo llevare, que sera Don Manuel Ponze de Leon Cauallero que se puede fiar del todo lo del mundo. Y para que seas cierto, que lo que digo sera anssi, toma este mi gage en señal de batalla. Y diziendo esto le dio vn guante de la mano derecha, el qual tomó el Moro, y sacando vna sortija del dedo de oro muy rica, que era con la que sellaua se la dió al Maestre. Y anssi quedo aceptado el desafio entre los dos. El valeroso Muça y los demás Caualleros, mucho quisieran escusar aquella batalla, mas no

puieron con ninguna de las partes recabarlo. Y ansí quedó hecho el desafio para el dia siguiente.»

XV

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595

(Conclusión)

CAPITULO ONZE.—*De la batalla que el Moro Albayaldos tuuo con el Maestre de Calatraua, y como el Maestre le mató.*

«El desafio de los dos valerosos Caualleros aceptado, fue muy tarde, que ya se queria poner el sol. El Maestre se salio de la plaça, y por la calle de Eluira se fue hasta salir fuera de la ciudad. Al qual dexaremos yr su camino, y bolueremos al fin de nuestro juego de sortija, que siendo puesto el sol, ya no venia ningun Cauallero venturero, los Juezes mandaron a Abenamar que dexasse la tela, que muy bien la podia dexar pues no venian Caualleros auentureros a correr lanças, que el lo auia hecho muy gallarda y valerosamente, y auia ganado assaz harta honra en aquel dia.»

Refiérese como se retiraron todos de la plaza y como Abenamar llevóse todas las joyas y retratos de las damas que en las justas había ganado; cuyos retratos ofreció á la suya la hermosa Fátima, la cual dando prueba de bondad, los restituyó á las interesadas que andaban muy mohinas y pesarosas, especialmente la del vencido Sarrazinos y desdeñosa Galiana. Refiérese como aquella noche hubo comida y gran fiesta en Palacio á la que asistieron todos los caballeros con los mismos trajes con que habían estado en las fiestas y juegos de la tarde. Tarde terminó la fiesta y todos fuéronse á reposar.

«Solamente no reposó el brauo Albayaldos, dice el autor, el qual saliendo de la casa Real del Alhambra, aguardó al buen Malique Alabez que saliese y en llegando le dixo: Tarde aue- mos salido de la fiesta. Assí me parece, dixo el Malique, que salimos tarde, pero mañana reposaremos todo el dia del trabajo passado de oy y desta noche. Antes sera al reues, respon- dio Albayaldos; porque si esta fiesta aueys andado galan y de

librea; mañana aueys de andar forçosamente armado. Pues porque causa, respondió Alabez? Porque causa yo os lo dire, dixo Albayaldos. Aueys de sauer que tengo batalla a plaçada mañana con el Maestre de Calatraua y a vos os tengo señalado por mi padrino. Valame Mahoma, dixo Alabez, que con tal Cauallero teneyz aplaçada batalla? Plegale al sancto Alha, que os suceda bien: porque aueys de saber, que el Maestre es muy buen Cauallero y muy experimentado en las armas, y muy valeroso en ellas. Y pues que assi es, y por padrino me aueys señalado, vamos muy en buena hora y Mahoma nos guie. Y por la Real Corona de mis antepassados, que me holgaria que boluiessemos con vistoria del desafio. Y el Rey sabe algo desto? Yo entiendo que no lo sabe, respondió Albayaldos, si caso es que Muça no se lo ha manifestado que se hállo presente en nuestro desafio. Ahora sea como fuere, sepalo o no lo sepa, tomemos la mañana, dixo Alabez, y sin que el Rey ni nadie lo entienda, salgamos a la Vega, a vernos con el Maestre. Y sepamos; el Maestre señalo padrino. Si dixo Albayaldos: a Don Manuel Ponze de Leon. Si assi es, viue Alha, que las tenemos, porque yo y Don Manuel no podemos dexar de venir a las manos: porque ya sabeys la batalla que tuuimos, dixo Alabez, y el tiene alla mi cauallo, y yo tengo aca el suyo: y quedó, que quando nos viessemos otra vez, dariamos fin a nuestra batalla. No os de pena esso que si algo quisiere, dixo Albayaldos, hombres somos, que plaziendo a nuestro Mahoma, nos daremos buen recando. Dixo el Malique: Vamos, que se nos haze tarde, y esta noche no ay dormir, sino adereçar bien nuestras armas, de modo que no nos falte heuilla. Con esto se fueron los dos valientes Caualleros, a sus posadas, y cada vno adereçó sus armas muy bien y todo lo demas que auian de llevar sin que les faltasse cosa alguna. Y una hora antes del dia se juntaron, y sobre sus caualllos se fueron á la puerta de Eluira. Las guardas de la puerta ya la tenían a aquella hora abierta, para que saliesse la gente al campo a sus labranças. Y anssi salieron los dos Caualleros sin ser conocidos y tomaron el camino de Albolote, vn lugar que era dos leguas de Granada; para de alli yr a la fuente del Pino, do estaua señalado que se auian de ver Albayaldos y el

Maestre. El sol rayaua, mostrando sus hermosos resplandores variados, haciendo dos mil visos, bastantes a priuar la vista a qualquiera que lo quisiera mirar: quando los dos valerosos Moros, Albayaldos y el Malique Alabez, llegaron a la villa de Albolote. Y passando sin pararse fueron a la fuente del Piuo, tan nombrada y celebrada de todos los Moros de Granada y su tierra: y seria una hora salido el sol, quando llegaron a la hermosa y fresca fuente. Llegados alli no hallaron a nadie ni vieron Caualleros alguno. Y apehandose de sus caualllos se acercaron a la fuente se lauaron y refrescaron sus caras y sacando de sus mochilas alguna cosa de comer comieron.»

Comentando estaban la tardanza del Maestre y aun Albayaldos aventuraba la idea de si se serian por aquel burlados, mas el Malique la refutó afirmando que era muy buen caballero y no faltaria á la cita; quando vieron venir dos apuestos caballeros con adargas y lanza reconociendolos en seguida por las cruces rojas que en sus adargas se veian y eran las de Calatrava en la del Maestre y la de Santiago en la de Ponce de Leon. Llegados que hubieron y cruzados los naturales y cortesés saludos fueron invitados por los moros á apearse y descansar refrescándose; así lo hizieron y dejando sus armas, platicaron detenidamente como buenos amigos acerca las cosas de la guerra y los varios linajes de caballeros que en Granada habia. En esta conversacion el Maestre les habló de su religion católica y cuanto le alegraria verla abrazar á dos buenos caballeros; pero Albayaldos contestó que por aquel entonces se hallaban bien con su religion añadiendo que nada podía decir respecto al porvenir, pues á veces, dijo, Dios suele tocar los corazones de los hombres y nada se hace sin su voluntad. En esto el caballo del Maestre soltó un relincho y volviendo todos el rostro, vieron venir por el camino de Granada un caballero al galope de su caballo en quien pronto reconocieron al valeroso Muça. Este no viendo por la mañana á Albayaldos y recordando el reto de la víspera quiso impedirlo y cojiendo su caballo salió al galope en direccion al punto de la cita, alegrándose mucho de llegar antes que la lucha comenzara. No puede menos de admirarse la serenidad y tranquila calma con que aquellos caballeros que iban luego á matarse departian y ha-

blaban con la mas exquisita cortesía y cual si les uniera la amistad mas franca y cordial.

Sentado que estuvo Muça junto al Maestre no dejó de plantear la idea que alli le habia llevado pidiendo encarecidamente á todos le hicieren la merced de no llevar adelante el desafio y dirigiéndose luego mas principalmente al Maestre le dijo cuanto le estimaría que su ida alli no hubiera sido en balde. A lo cual el Maestre le dijo que mucho se alegraria de complacerle por haberselo ofrecido desde el dia en que quedaron amigos añadiendo que como Albayaldos quisiera, el por su parte estaba dispuesto á complacerle y dar por terminado el asunto. Manifestó Muça cuánto agradecia al Maestre esta prueba de bondad y complacencia y volviendose á Albayaldos hizole idéntico ruego, mas este mal aconsejado, mostrose resuelto y tenaz empeñándose en seguir adelante; con lo cual intervino Don Manuel Ponce de Leon á quien sentó mal aquella tenacidad de Albayaldos y dijo que bastaba ya de pláticas y componendas y que pues asi lo quería Albayaldos y á esto habian ido allí, que diera principio la escaramuza y pues era tan á proposito por encontrarse allí el Malique con quien tenia lucha pendiente, que podrian continuarla y asi lucharian padrinos y ahijados. Conformose el Malique pidiendo solo que antes de empezar se restituyesen los caballos que él y Don Manuel tenian trocados desde la última vez que pelearon. Asi lo hicieron y tomando cada uno sus armas montaron en sus respectivos caballos disponiéndose á la pelea. En torno de la adarga del Maestre había una divisa escrita que decía: «Por esta morir pretendo.» Y Don Manuel llevaba escrito en la suya: «Por esta y por la Fé.» La de Albayaldos ostentaba un dragon de oro en campo verde y escrito en árabe: «Nadie me toque.» Finalmente la del Malique era una banda morada en campo rojo y sobre ella una media luna con los cuernos para arriba y encima de ellos una corona y un lema que decía: «De mi sangre.»

Todos cuatro lanzaron al campo sus caballos y empezó el combate que del primer encuentro entre el Maestre y Albayaldos salió el primero ileso por haber hurtado muy habilmente el cuerpo al mismo tiempo que de un golpe de lanza

en descubierto heria al moro quien al sentirse herido, ciego de corage revolvióse contra el Maestre tan rapidamente que este no pudo evitar el golpe rudo y pasada su adarga fué tambien herido. Aqui rompió el moro su lanza y arrojando en tierra el trozo de ella, volvió con gran presteza su caballo para echar mano á su alfange; mas en esto le arrojó el Maestre su lanza, antes de tiempo porque pasando por delante los pechos del caballo con estremada furia fué á clavarse en el suelo donde penetró todo el hierro y gran parte del asta; todo esto á tiempo que el caballo del moro llegaba el cual tropezando con la lanza vino con todo su cuerpo al suelo. Albayaldos que en tal aprieto vió su caballo y su vida, metióle las espuelas para que de todo punto no cayese y salir por piés, mas no lo logró antes que Don Rodrigo llegase el cual con la espada tiróle una soberbia estocada que rompiendo la cota al moro le hizo una grave herida. El Malique que andaba en lucha con Don Manuel, percibió en este momento el peligro en que Albayaldos se hallaba, dió vuelta á su caballo y corrió á ayudar á su amigo y ahijado, llegando á tiempo que el Maestre tenia el brazo levantado para herirle nuevamente, y cogiéndole de través hirió al Maestre de un golpe de lanza que en poco estuvo no viniera al suelo. Aqui rompió el Malique su lanza y habia echado mano á su cimitarra para repetir el golpe, cuando Don Manuel al ver el grave peligro del Maestre, acudió presuroso y viendo á todos sin lanza arrojó la suya y empuñando la espada tiró tal tremendo tajo á la cabeza del Malique que este vino al suelo pero aturdido solo del golpe pues, aunque fué herido, lo fué ligeramente por haberle cojido casi de plano el golpe; asi que repuesto pronto y con el instinto del peligro fuese á levantar pero Don Manuel no le dió tiempo pues habiéndose ligeramente apeado fué hacia él y tiróle con gran furia otro golpe por encima de un hombro que causándole una grave herida dió con él otra vez en tierra, y yéndose sobre él con ánimo de cortarle la cabeza, más viéndole el Malique venir echó mano á un agudo puñal con el cual causó á Don Manuel dos heridas, quien al verse asi herido sacó una daga y fué darle en la garganta al Malique quien acabara alli sino llegara en el mismo momento el bravo Muça que de-

teniendo el brazo de Don Manuel, le dijo: «Señor Don Manuel, suplicoos me hagais merced de la vida de este caballero vencido.» Volvió este la cabeza y al ver á Muça, dijole que gustoso le hacia aquel servicio. Y levantándose de encima del Malique, con algun trabajo, pues las heridas que tenia eran penetrantes, dejóle libre. Ayudado por Muça pudo el Malique que estaba medio muerto levantarse y llevado á la fuente empezó á curarle Muça sus heridas. Viendo el Maestre que Don Manuel habia quedado vencedor de un tan buen caballero como Alabez, avergonzado un tanto quiso terminar con su contrario y arremetiéndole con furia le tiró tan fuerte golpe á la cabeza que el moro ya muy gravemente herido no pudo esquivar y cayó al suelo sin sentido. Muça que vió á Albayaldos en esta situación, se fué hacia el Maestre y le pidió no pasara adelante pues ya Albayaldos era más muerto que vivo; á lo cual accedió gustoso el Maestre. Quisieron levantar á aquel mas no pudieron y habiéndole Muça llamado por su nombre, abrió los ojos y con voz muy débil dijo que quería ser christiano, lo cual causó mucha alegría á estos y tomándolo en peso, lo llevaron hasta la fuente, en donde el Maestre echándole el agua sobre la cabeza en el nombre del Padre del Hijo y del Espiritu Santo, llamóle Don Juan.

Ya pesarosos de verlo que espiraba, dijeronle a Muça que cuidara de él, pues ellos estaban tambien heridos é iban á curarse. «Alhá Santo os guie, respondió Muça, y el querrá que algun dia os pague las mercedes que de vosotros tengo recibidas.» El Malique vuelto tambien en sí y ayudado por Muça curose con trapos y unguentos que en su maletin llevaba y tomó el camino de Granada, mientras Muça quedaba con Albayaldos, llegando á Albolote en donde en casa de un amigo fué curado por un hábil cirujano, y mientras por el camino iba, reflexionaba acerca del valor y destreza de Don Manuel y Don Rodrigo, viniéndole á las mientes la idea de hacerse tambien cristiano. Muça trató de curar al pobre y mal parado Albayaldos, mas viendo que era inútil y que moría por no atormentarlo, no lo hizo diciendo: «No diras buen Albayaldos que no te aconsejé que dejases la batalla.» En este tiempo el nuevo cristiano abrió los ojos y fijandolos en el cielo con el

ansia del que se muere, decia; «Oh buen Jesus ave merced de mi, y no mires que siendo Moro te ofendí, persiguiendo á tus cristianos.» Mas quería decir, pero ya no pudo y empezó su agonía removiéndose entre un gran charco de sangre que en abundancia salía por sus heridas, hasta que colocadas las manos juntas y los pulgares puestos en cruz las llevó á su boca, expiró. Gran pena causó á Muça esta muerte, y no pudo contener las lágrimas de sentimiento que á sus ojos asomaron abundantes. Vió en esto venir á cuatro rústicos que iban por leña al monte y llamándolos les pidió por caridad le ayudaran á dar sepultura al muerto, á lo cual accedieron cavando al pié mismo del pino la fosa, quitaronle armas y espuelas y luego se le dió tierra.

Cuando Muça iba camino de Granada encontróse en el camino á los caballeros moros Reduan y Gazul que iban también á batirse á la misma fuente del Pino á causa de los devoradores celos que el primero sentía y el odio que á causa de ellos profesaba contra el segundo porque le amaba la bella Luidaraxa. Trató el buen Muça con sesudas razones de oponerse al desafío, mas Reduan insistió en llevarlo adelante á pesar de que ya Muça les había referido la muerte de Albayaldos con todos sus detalles. Fueron pues á batirse y lucharon bravamente y allí acabaran los dos ya muy mal heridos, si el buen Muça no se pusiera de por medio y consiguiera llevarlos á Granada en donde entraron á las cinco de la tarde y fueron ambos á curarse de sus heridas.

CAPITULO DOCE.—*En que se cuenta una pesadumbre que los Zegrís tuvieron con los Abencerrages, y como estuvo Granada en punto de se perder.*

CAPITULO TREZE.—*Que cuenta lo que al Rey Chico y su gente sucedió yendo á entrar á Faen, y la traycion que los Zegrís y Gomeles leuataron á la Reyna mora y á los Caualleros Abencerrages; y muerte dellos.*

CAPITULO CATORZE.—*Que trata el acusacion que los Caualleros traydores pusieron contra la Reyna y Caualleros Abencerrages; y como la Reyna fue presa por ello, y dio quatro Caualleros que la defendiessen: y lo que mas pasó.*

CAPITULO QUINZE.—*En que se pone la muy porfiada batalla que passó entre los ocho Caualleros, sobre la libertad de la Reyna: y como la Reyna fue libre y los Caualleros Moros muertos, y otras cosas que passaron.*

CAPITULO DIEZ Y SEIS.—*De lo que passó en la Ciudad de Granada, y como se tornaron á refrescar los vandos della, y la prission del Rey Mulahazen en Murcia, y de la prission del Rey Chico su hijo en el Andaluzia y otras cosas que passaron.*

CAPITULO DIEZ Y SIETE.—*En que se pone el cerco de Granada por el Rey Don Fernando y la Reyna Isabel: y como se fundo Sancta Fé.*

Difícil, por no decir imposible, hubiera sido la tarea de compendiar en una sucinta reseña el libro de Ginés Pérez de Hita, relativo á las divisiones y luchas de los Zegríes y Abencerrages, máxime cuando esta historia en sí misma no constituye un hecho tan grande ni trascendental que, estudiado á fondo, permita al comentarista extractarlo y reducirlo á los cortos límites que este trabajo permitía.

Entendemos que lo más importante, lo más notable, lo digno de estudio y de ser conocido en la primera parte de *Las Guerras civiles*, es el conocimiento detallado de ese infinito número de fiestas y combates, de luchas y amoríos, porque descritos con el sencillo y correcto estilo de la época que emplea el autor, pintan y definen perfectamente el espíritu caballeresco de la misma; las costumbres de aquel pueblo moro que no en balde habitó por espacio de ochocientos años nuestra España, —puesto que tantas reminiscencias de él han quedado en nuestras costumbres y condiciones de carácter individual.

Cautiva y maravilla la lectura amena, aunque un tanto prolija, de aquellas luchas parciales de caballeros, que unas veces el autor las llama ampulosamente batallas, otras más modestamente escaramuzas, y en algunas ocasiones sencillamente

festejos y diversiones. El espíritu más positivista, la imaginación menos romántica y cabalresca, no puede menos de extasiarse ante las figuras de aquel Maestre de Calatrava, de aquel Ponce de León y otros caballeros, admirando el valor, la fe, la abnegación y constancia con que un día y otro luchaban y arriesgaban sus vidas sin cesar, así como la noble y cabalresca lealtad con que peleaban y morían. La lectura de esta serie continuada de sucesos, no puede menos de transportar el ánimo del lector á los gloriosos días de nuestra reconquista, y demostrar cuánto la idea de la fe religiosa unida á la de la patria, pueden é influyen en el espíritu de un pueblo que durante ocho siglos lucha con épica y no interrumpida constancia, para salvar la una y reconstituir la otra.

Por esto, como así se nos antoja, y es lo que más profundamente nos ha impresionado y lo que del libro de Hita deducimos, hemos estimado muy oportuno dar á conocer algunos de sus detalles fiel y literalmente copiados, con su misma ortografía desigual y rara en materia de puntuación y de acentuación. Así pues, los párrafos que son del autor, aunque siempre se indican, se conocen fácilmente por su anticuado estilo y ortografía, en los cuales llamará la atención la desigualdad citada; pero volvemos á observar que van literalmente copiados. Se vé, por ejemplo, que las palabras agudas están unas veces acentuadas y otras no, siendo además en este caso en el solo que el autor emplea el acento. La preposición *á*, no lo está nunca, tampoco los esdrújulos.

Unas veces emplea la *ese* antigua, *f*, y en otras la moderna *s*, aun en palabras iguales. (Así se observará en lo que va transcrito.)

Para abreviar, nos ha parecido oportuno terminar la reseña, citando solamente el extracto de cada capítulo tal como se leen en el libro.

El volumen alcanza en su numeración á la hoja 307, numeración de hojas no de páginas, de suerte que el libro consta de 614 páginas y de letra muy apretada.

Parecida reseña pondríamos aquí de la segunda parte de las *Guerras Civiles* impresa, como dijimos, por vez primera en el año de 1604; empero como de ella existen gran número de ejemplares en nuestro país, siendo por ende fácil el poderlo manejar y satisfacer la curiosidad bibliográfica, ponemos sólo á continuación fiel y literalmente copiados con su ortografía peculiar y de la época algún trozo, aunque cortísimo por brevedad y para que se pueda formar una idea del ejemplar que poseo.

ROMANCE

EN QUE SE PONE COMO SU ALTEZA, Y EL DUQUE DE SESA SALIERON
DE GRANADA PARA LAS ALPUJARRAS, LLAMADAS OTROS TIEMPOS LAS
SIERRAS DE SOY Y AYRE.

El hijo de Carlos Quinto
se salia de Granada,
con el el Duque de Sesa
para yr al Alpujarra.
Veynte mil soldados lleua
todos gente auentajada,
tambien lleua mil caballos
con la nobleça de España.
Ricas vanderas tendidas
que el ayre las tremolaua,
a Guejar hazen camino
junto a la tierra neuada.
Porque se tiene noticia
que ay de moros grande esquadra
el de Austria haze dos campos
por marchar facil la estrada.
Toda la noche caminan
hasta que ya vino el alua,
el Duque llegô primero
a Guejar, moros no halla.
Porque se salieron della
essa misma madrugada
porque tuuieron auiso



JUNTA DE ANDALUCIA

Ministerio de la Alhambra y Generalif
DIRECCION GENERAL DE CULTURA

de los moros de Granada,
 Que va vn gran campo sobre ellos
 y a correr el Alpujarra,
 algunos viejos hallaron,
 que passaron por la espada.
 Y tras los moros camina
 el buen Capitan Quixada,
 y marchando muy apriesa,
 alcançò la retaguardia.
 Trauaron escaramuça
 Christianos no ganan nada,
 vnos, y otros se retiran
 y cada vno se ha parta.
 Los Moros á los Christianos
 hizieron una emboscada,
 vestidos como mugeres
 en vn llano los aguardan.
 Quixada con su esquadron
 pensò coger la manada,
 Mas cuando llegan a ella
 les dan una rociada
 de buena arcabuzeria,
 mostrando furia muy braua.
 Los Christianos se retiran
 dexando muerto á Quixada,
 y con el ocho Christianos
 por codicia desdichada.
 A Valor se van los moros
 a donde Auenabò estaua,
 el qual muy mal los recibe
 con fraterna que les daua.
 Porque dexaron a Guejar
 sin mostrar valor, y armas.
 mas vn Turco muy famoso
 le salia a la parada.
 Diciendo que es justa cosa
 de Guejar no darse nada,
 Audalla con mal disinio
 Almuñecar caminaua.
 Por tomar la Salobreña,
 por ser cosa que importaua,

para que falte la gente
 Africana que esperaua.
 Almuñecar se defiende
 Salobreña no va en çaga,
 porque tienen de presidio
 gente valerosa y braua.
 Auenabò se retira
 sin la pressa que pensaua,
 a Valor se torna el mòro
 con acuerdo que tomara.
 El de Austria se parte luego
 a Galera que está alçada,
 dexando gran campo al Duque
 que queda en el Alpujarra.
 Su Alteza llegó á Huescar
 a do el de Veliz estaua,
 al qual se holgò de ver
 por fama que del bolaua.»

Este romance se lee al final del capítulo XIX de la 2.^a parte, *En que se pone cómo el Señor don Juan, y el Duque de Sesa, con dos campos entraron en las Alpujarras, y fueron sobre Guejar, y lo que mas passo.*

ASSI Como el buen Duque de Sesa llegó a Granada, el Señor don Juan, teniendo noticia como el de Veliz estaua en Galera, y los asaltos que se hauian dado, donde tanto daño fue recibido, y como el de Veliz le auia embiado a dezir, que sin artilleria Galera no podía ser tomada, luego escriuió á su Magestad la presente carta, assi diziendo:

CARTA DEL SEÑOR DON JUAN Á SU MAGESTAD

MVY poderoso Señor: Vuessa Magestad sabra que la guerra de Granada va de mal en peor, porque los moros se han armado muy de propotno, y hazen notable daño en las escoltas, y en los presidios, y si les acometen no aguardan batalla, y se meten por las sierras, y asi hay guerra para toda la vida, y continúa dándole cuenta de los informes que ha recibido del

Marqués de los Veliz, terminando su carta pidiendo licencia á su Majestad, para que, acompañado del Duque de Sesa, les permita entrar en las Alpujarras.

El autor se extiende en consideraciones, y refiere aquellos sucesos con detalles curiosos. Este capítulo XIX contiene también una *Brava Reprehensión de Auenabò á los moros que huyeron de Guejar* y un *Razonamiento del Turco Noaite á Auenabò*.

No es menos interesante el capítulo XIII, pág. 114, «en que se pone como el Marques de Mondejar fue á la Corte, y como vino a Granada libre de las cosas que sus emulos le auian imputado, y como el Reyecillo enojado porque el Marques de Veliz desuarato su gente, puso cerco sobre Vera y saqueó los Cuevas y las demas villas del Marques.»

Empieza así: «Ya os avemos contado como el Marques de Mondejar salio de Orgiua, dexando alli su Real, porque su Magestad se lo habia assi embiado á mandar, y assi mismo en los lugares mas fuertes dexò valerosos soldados de presidio.

»Llegado el Marques á la Corte... etc...» y termina este párrafo: «Pues partido el baxel del Farallon de la wera de Rolandan, trauesando el mar de España, llegado á las riberas de Berberia, tomò la derrota del Poniente hasta llegar al rio famoso de Tetuan, y desembarcando alli solos dos de los que yvan, tomaron la buelta de Fez y Marruecos, adonde siendo llegados ante el Rey de Fez, presentaron los despachos de Abenhumeya, los cuales del Rey de Fez recibidos, abrió vna carta que assi dezía en Arabygo Granadino:

CARTA DEL REYECILLO ABENHUMEYA AL REY DE FEZ

Después de los comentarios que añade el autor, se lee otra

CARTA DE MAHOMAD, REY DE FEZ, PARA EL REYECILLO ABENHUMEYA

Y sigue una extensa, curiosa y detallada relacion sobre los sucesos en Lorca, Murcia, Vera, etc., con una lista de los valerosos caalleros que se distinguieron en aquellas luchas; no solo los de Murcia y Lorca en primer término, sino los de Ca-

rauaca, Zehegin, Totana, Alhama, Mula y otros pueblecillos. Concluye este capítulo XIII con un interesante romance que conluye á continuación porque resume el capítulo.

ROMANCE que trata como Abenhumeya puso cerco sobre la ciudad de Vera con quinze mil moros, y del bravo sócorro que hizo Lorca, y Murcia, y otros lugares del Reyno de Murcia.

Lleno de colera ardiente
 Abenhumeya se halla,
 porque el Marques de los Veliz
 venció a su gente en batalla.
 Do le matò tres mil hombres
 de la gente mas granada,
 y de lo que mas le pesa
 es dexar alla las armas.
 Y assi por aqueste agrauio
 se la tenia jurada,
 de destruyrle sus tierras
 y dexarlas asoladas.
 Y para salir con esto
 a todo su campo manda,
 que se parta para Vera,
 porque queria cercalla.
 Porque si viene socorro
 de Argel que halle alli entrada,
 y desembarquen las gentes
 en su ancha, y grande playa.
 El campo se parte luego
 dexando las Alpujarras,
 por el rio de Almanzora
 todo el campo junto passa.
 Al Box destruye, y Alboreas
 del Marques muy estimadas,
 Açurgena, y Partaloua
 sin dexarle piedra en nada.
 Solo se dexa á Cantoria
 por ser fuerça muy nombrada,
 que para si se la quiere
 por estar fortificada.
 De Oria no haze cuenta
 porque está muy bien guardada,
 ni de los Veliz tan poco
 porque tienen buena guarda.
 De sus mismos moradores
 con lealtad estremada,



P.C. Museo de la Alhambra y Generalife
 CONSERVACIÓN DE CULTURA

ya se passa el Reyçillo
 haziendo a Vera jornada.
 Por la Ballabona se entra
 por donde está vna atalaya,
 y a Vera le pone cerco
 que piensa luego ganalla.
 Mas Vera se le defiende
 porque tiene gente armada,
 tres días la bate el moro
 mas no puede ganar nada.
 Viendose Vera en peligro
 su gente puestá en muralla,
 pelean muy brauamente
 contra la mora canalla.
 Las mugeres valerosas
 hazen valas en la plaça
 para seruir los soldados
 que andan en la batalla.
 Al fin corriera peligro
 Vera si mas le durara,
 aquel sitio que es muy grande
 que la tenia sitiada.
 Acuerra pedir socorro
 a Lorca aunque esta apartada,
 tres ginetes se auenturan
 romper por toda la esquadra.
 De aquella morisca gente,
 y salir con su embaxada,
 rompen por los enemigos
 con braueza no pensada.
 Sin que daño les hiziesen
 aunque rompieron la esquadra,
 corrieron todo el camino
 sin que se parasen nada.
 Y el que buen cauallo tiene:
 aquel mucho se auenta.
 Y en cinco horas por su cuenta
 dentro de Lorca se halla,
 quando dio el relox las onze
 su embaxada ya está dada.
 A las doze llegó el otro
 y el otro a la vna dada,
 Lorca luego se a perciue
 y a las dos su gente marcha.
 Ochocientos hombres lleua

porque con estos les basta,
 para romper al contrario
 aunque mucha gente trayga:
 Tambien ochenta cauallos
 van en aquesta jornada,
 anohecen en Pulpi,
 y en Vera les tomó el alua.
 Abenhumeja que vido
 venir gente tan armada,
 levanta el cerco de Vera
 y para las Cuevas marcha.
 Y porque eran del Marques
 las destruye, y las abrasa,
 con esto pasa á Purchena
 donde el Maleh ya le aguarda.
 Lorca le sigue el alcance
 y le da en la retaguarda,
 y le sigue hasta el rio
 y desde alli se tornaua.
 Porque la gente de Lorca
 venía muy alargada,
 y para Vera se bueluen
 la qual muy regozijada.
 Recibe la gente toda
 dandole infinitas gracias
 por aquel socorro hecho
 que fue de tanta importancia.
 La noble Murcia salio
 a hazer esta jornada,
 lleuando cinco mil hombres
 toda gente bien armada.
 Carauaca, y Zehegin,
 tambien Mula la hidalga,
 Totana, Alhama con ellos,
 porque Murcia assi lo manda.
 Por ser cabeça de Reyno,
 y en todo fue respetada.
 Mas quando llegó esta gente
 Vera estaua descercada,
 mas no por eso perdio
 esta gente assi ayuntada.
 Honor y gloria famosa
 pues ya salio en tal demanda,
 do mostrara su grandeza
 y virtud auentajada.



P.C. Murcia la Alhambra y Generalif
 CONSERVATORIO DE CULTURA

XVI

Algunas reflexiones sobre los musulmanes de España
(los antiguos españoles), y sobre la "Histoire Chevaleresque des Maures de Grenade, etc.,"

Al enumerar las veces que las «Guerras civiles de Granada» habían sido vertidas ó arregladas á extranjeros idiomas, dijimos que M. A. M. Sané lo había hecho al francés en el año de 1809 con el título de *Histoire Chevaleresque des Maures de Grenade*, ilustrada con muchas notas históricas y literarias, y sobre todo, precedida de una especie de discurso ó «reflexiones sobre los moros ó musulmanes de España, los antiguos españoles», y sobre la obra de Pérez de Hita.

Antojándonosos ser muy curiosas las reflexiones de A. M. Sané que, además de ser interesantes, expresan en nuestro concepto y con la mayor fidelidad, cómo entienden los franceses en particular, y en general los extranjeros, *nuestras cosas*, y el libro de Pérez de Hita, ponemos á continuación la traducción completa de «Quelques reflexiones sur etc.» con la que empieza la *Historia Caballeresca de los moros de Granada*, seguros de que ha de agradar á quien la lea.

Quizás, al publicar esta traducción, debiéramos haberla dado algunos toques de corrección, porque al hacerla hemos tenido la pretensión de traducir la sintáxis y el estilo de su autor, sobre todo en aquellos párrafos que nos ha sido posible, con el objeto de conservar su colorido, creyendo cumplir de este modo con la mayor fidelidad nuestra misión de traductor.

No pocas observaciones se nos ocurren á la simple lectura del discurso del Sr. Sané; pero como seguramente no han de pasar desapercibidas á la ilustración de nuestros lectores, y por otra parte no sea nuestro propósito analizar el escrito ó disertación del escritor francés, nos limitamos, por ahora, á insertar literal y á continuación la traducción indicada.

Dice así:

«La traducción de esta obra ha sido emprendida para distraer los cortos ocios de una vida muy ocupada. Nos atrevemos á esperar que será del agrado de aquellos para quienes tiene todavía encantos las antiguas costumbres, no dejarán de encontrarle atractivos los espíritus curiosos y estudiosos que quieran nutrirse de una erudición elegante sacada de los manantiales de la venerable antigüedad, también para aquellos que prefieren á copias é imitaciones cosas originales, francas, con un carácter, y con sus bellezas y defectos *sui generis*. Este libro en efecto es original y no le creemos escrito para ser un modelo, pero sobre sus formas que pudiéramos llamar romancescas, pinta ingenua y fielmente costumbres interesantes, y el color local es de una verdad extrema. Para un espíritu observador, no dejará de tener importancia el espectáculo singular de una nación que desaparece hasta el último confín, devorada dentro por las discordias civiles, oprimida fuera por potentes enemigos, siempre armada, y siempre en traje de fiesta, juega, por decirlo así, con la fortuna y la muerte; con una movilidad maravillosa pasa de los sangrientos debates de las facciones á la pompa de las solemnidades públicas, como si hubiese querido sustraerse á si misma el sentimiento de sus desgracias, y decorar al menos su ruína de todo el esplendor de una vana magnificencia: pueblo nacido grave y frío que se vuelve ligero y apasionado; pueblo que hace poco se apartaba de sus altares y de su hermosa patria, se coronaba de flores como las víctimas, se embriagaba de delicias en las orillas de la tumba, asemejándose á esos criminales condenados á muerte que se arman de fuertes licores contra los preparativos y horrores del suplicio. Bajo otro punto de vista más grave, el espectáculo merece también el interés del filósofo; la caída de un imperio célebre, el irrevocable fin de una nación generosa y valiente, es el último suspiro de la caballería europea, en este mismo siglo de prodigios donde otros musulmanes derribaban el trono de los Constantinos, donde Colón descubría el Nuevo Mundo, Gama las Indias y Guttenberg la Imprenta.

¿Nos atreveremos á añadir que quisiéramos colocar esta obra bajo la protección de las Damas? Ellas se interesarán tal vez por este pueblo galante, voluptuoso y guerrero,

que elevó el bello sexo al trono, le sometió sus costumbres, sus leyes, sus destinos, queriéndole con un amor entusiasta y sin límites; este amor fué un culto y el *Paraiso de Granada* era verdaderamente el paraíso de las mujeres. Este hermoso país, en el cual se deslizaba la vida entre el encanto de las fiestas, atrajo durante dos siglos las miradas de Europa. Se ve con sorpresa al musulmán orgulloso, al árabe altanero, vencidos por ellas y por un dulce clima someterse al imperio de las gracias, violar sus propias leyes para hacer más felices á las mujeres, romper los lazos de una religión reprimente y severa que los condena á una reclusión eterna; quererlas, en fin, lo bastante, para cambiarles la soledad del harem por la vida de sociedad. Desde entonces, comprendieron ellas perfectamente todos los privilegios de su nuevo destino y usaron de ellos; nació la galantería con sus amables mentiras, la coquetería armada de todos sus prestigios, y desapareció el despotismo de los hombres ó no se atrevió á manifestarse por temor de provocar la indignación y el ridículo. Reinas y dueñas, todo se hizo por ellas y para ellas; esclavas coronadas que reinaban sobre sus pretendidos dueños, divinidades supremas que á la vez que defendían el Imperio haciendo héroes á sus amantes lo perdían también por la blandura que introducían en las costumbres y por el abandono de sus antiguas máximas.

No es este el fenómeno menos notable en la suerte de los musulmanes españoles, que esta revolución profunda en el estado de las mujeres haya sido consumada por un pueblo, al cual su educación, sus preocupaciones, su orgullo, y antes que todo sus dogmas religiosos hacían un principio sagrado de su extraña cautividad. ¡Cosa extraña! Se ve en los mismos tiempos y casi en los mismos lugares á una nación vecina viviendo bajo el imperio de una religión que declara la mujer compañera y la igual del hombre, que no concede á este último otro derecho sobre ella que el de una tierna protección condenarla al retiro, al recato más severo y á una rigurosa vigilancia, queriéndola, sin duda, con el mismo entusiasmo, pero demostrándole menos cariño, puesto que ella se manifestaba más desconfiada y celosa que las orientales.

¡Cuánto debieron envidiar las hermosas castellanas la liber-

tad, los honores, los placeres, la afortunada existencia de las hijas y de las esposas de los moros! La brillante estrella de las Axa, de las Cohaida, de las Fátima y de las Galiana, célebres bellezas de gran fama en las ciudades de España, debió excitar á menudo los celos de las cristianas, y arrancarles un suspiro desde el fondo de sus verdaderos harems donde estaban desterradas.

Todos estos detalles son exactamente históricos. Una galantería apasionada forma más que el mismo amor á la gloria el rasgo principal de la fisonomía morisca. Cuando llegaron los tiempos de decadencia, cuando sonó la hora fatal, cuando fué preciso caer bajo la espada de las facciones y de los españoles, este pueblo agonizante por decirlo así, multiplicó sus homenajes hácia el sexo que tanto adoraba. Es un hecho incontestable que las solemnidades públicas nunca fueron en Granada más frecuentes ni pomposas; los torneos, los festines las serenatas nocturnas, los bailes y los juegos más animados y alegres, jamás tuvieron mayor nobleza y elegancia de costumbres, más atenciones para las mujeres, deseo más vivo de agradar, que en estos días desgraciados cuando el Gran Capitán y Jiménez estaban á las puertas de la ciudad, cuando el imperio caía, cuando la patria iba á perecer, cuando la palabra *Moro* iba á ser borrada para siempre del continente europeo. Dijérase que conmovidos de piedad hácia este sexo dulce y débil que en esta gran catástrofe iba á perder tanta dicha, los generosos granadinos querían prolongar todavía algunos instantes para estos seres queridos, el entusiasmo de sus placeres y de sus ilusiones que iban á apagarse, ocultándole debajo del aparato de las fiestas la caída inminente de un imperio tan benévolo y el término de una vida tan brillante y afortunada. Tales fueron los amables y valientes moros.

Introducidos en España por un crimen semejante al que perdió á los Tarquinos y libertó á Roma de la tiranía de los Decuriones, (1) al aparecer, los dos pueblos se aprestaron á las armas para no soltarlas más. El combate duró ocho siglos,

(1) La aventura de la hija del conde Julián violada por el rey Roderico.

lucha generosa que agregaba á una causa tan noble la enemistad de dos naciones, donde el uno ó el otro partido se batía por los sentimientos *más caros á los hombres*, sus altares, su patria, sus hogares. Pelayó empezó esta gran contienda; héroe perfecto cuyo destino fué tan grande como pura su gloria. Acababa de asistir en las llanuras de Jeréz á la caída del Imperio de los godos que no habían podido salvar ni su brazo ni sus virtudes, desgraciado Imperio que sucumbía más que bajo el influjo de un pueblo entusiasta y virgen, bajo los vicios de su último Rey. Pelayo reunió á los vencidos y pocos días después del desastre proclamó sobre los mismos restos de la nación española la fundación del nuevo Imperio español, sentó su trono en la cima de los Montes Asturianos, barrera terrible que los conquistadores jamás franquearon, y, desafiando las pompas reales no quiso llevar más corona que un aro erizado de hierros de lanzas tomadas á los moros guerreros que habían caído bajo sus golpes.

Esta corona tan sencilla pero tan gloriosa, dice un elegante escritor (1), era considerada en tiempo de los antiguos reyes de León como el *Paladion del Estado*. Se conservaba con veneración en la catedral de Oviedo y en las solemnidades públicas se entrelazaba de palmas y flores. Después del inmortal Pelayo brillaron grandes reyes, herederos de su talento y autoridad, aumentando su poder por las alianzas y por la guerra, no faltando jamás entre ellos algunos héroes. Esto era una buena obra de los moros; sus grandes hombres crearon y formaron grandes hombres entre los Castellanos. Al entusiasmo militar de los conquistadores Árabes se debe el espíritu militar de sus rivales y puede decirse, sin temor de ser desmentido por la Historia, que España debió á sus vencedores esta muchedumbre de guerreros ilustres que templados en la dura y varonil educación de los reveses, aprendieron á vencer á su vez; esta escuela belicosa cuyos discípulos hicieron en tiempo de Carlos V la conquista de Europa. Los Abderames, los Hakkham, los Almundir, los Youzef-Almoravide, los cua-

(1) El Conde de Trenan.